

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

La Ilustración de los Niños

OFICINAS

Montera, 53, segundo
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.

SUMARIO

I. El moderno ideal.—II. A la preciosa niña Rosina Pando.—III. Los pájaros.—IV. A San José de Calasanz.—V. La mujer oriental.—VI. ¡Qué hermanos!—VII. El Clavel y la Dalia.—VIII. Las pompas de jabón.—IX. Leyendo el Quijote.—X. ¡Dios mío!—XI. Dulces ensueños.—XII. Corta es la vida.—XIII. La ciencia para el niño.—XIV. El hombre en sus relaciones con Dios, con la familia y con la Sociedad.—XV. Suelos.

EL MODERNO IDEAL

Más de medio siglo de lucha lleva nuestra cara patria para reconstruir el edificio social con los elementos que se adaptan á la naturaleza humana, con los adelantos que nacen de los estudios profundos acometidos por los sábios de todos los pueblos, en armonía con sus leyes constitutivas y su temperamento, que no pueden para todos regir las mismas leyes, ni todos pueden someterse á las mismas costumbres, como lo demuestra la historia, en el transcurso de los siglos. De aquí la division de razas, en cuya division influyeron más que las conquistas por la diplomacia y las armas, la temperatura y condiciones geológicas de las naciones, tal como en el día se encuentran diseñadas en el globo terráqueo. Pero es indudable que los pueblos pueden desenvolver su acción, ilustrarse y prosperar con que sus hijos tengan dos solas condiciones: honradez y hábitos de trabajo; la honradez, para acatar las disposiciones de los gobernantes, respetar el derecho de todos y obedecer á la conciencia; es decir, pensar y hacer lo que aconseja la sana moral; el trabajo, sometiéndose á la dura pero imprescindible ley de la necesidad, según la disposición y los medios de fortuna del individuo, esto es, cultivando las profesiones, las artes ó los oficios, con el plausible fin de llenar el deber individual y el deber social.

Pero entendamos bien lo que son esos deberes: el deber individual no es pura y simplemente encerrarse en los estrechos y mezquinos límites del ensimismamiento, no, que eso es egoísta; el deber individual es, después de proporcionarse el bienestar posible, con la dignidad y el decoro correspondiente al único ser dotado de razón, dar honor y fortuna á la familia y procurar para los demás hombres los medios de acción que le permitan la mayor suma de goces y satisfacciones, porque el hombre no se pertenece solamente á sí mismo, pertenece á la familia y al Estado, que es lo que constituye el deber social.

Y hé aquí de dónde se origina la lucha que las razas entablan en los adelantados tiempos que alcanzamos.

El hombre camina á su perfección, y rompiendo falaces tradiciones ensaya, descubre y aplica sus teorías, enriqueciendo con el tra-

bajo el suelo que le vió nacer, y esas teorías, esas aplicaciones, cruzan las fronteras y toman carta de naturaleza en los demás países.

Pero, ¿cómo se producen esos adelantos? ¿Son obra exclusiva de los genios?

No: los grandes genios nacen y obran casi por intuición, teniendo como poderoso auxiliar el estudio; pero toda la arrogancia de un solo hombre, todo el saber de un genio no podría acometer los grandes ensayos, si no contara con la ilustración del pueblo, con auxiliares ilustrados que comprendieran y secundaran sus concepciones. Por eso tropezaron en su camino y fueron contrariados y desatendidos, Colón al proponer su expedición al su soñado mundo; Copérnico, el célebre canónigo alemán, al explicar su sistema planetario; Morse al aplicar la electricidad para la trasmisión de la palabra y del sonido; Gutenberg al reflejar en caracteres de imprenta el pensamiento humano.

Pues bien; los poderosos auxiliares de los genios nacen de la educación, y para educar á los pueblos hay que empezar por la más temprana edad: por los niños.

Este es el moderno ideal, este el fundamento de la prosperidad y de las glorias nacionales.

Allí donde la educación se hace más esmerada, allí brotan los beneficios del saber; la riqueza monumental, la riqueza artística, la riqueza fabril y comercial: donde se generaliza la instrucción campal y se enseña como consecuencia ineludible la moral pública, y hay paz y progreso. Pues bien, pongamos los ojos en la enseñanza elemental é imitemos con tesón y superemos, si es preciso, ese bello ideal que persiguen los pueblos civilizados.

Las escuelas.

En las escuelas donde se inculcan los abundantes veneros de la ciencia, donde se hace el corazón de la generación naciente, fundamento de la prosperidad futura, allí está el interés y el orgullo de la patria.

Así lo han comprendido los pueblos más cultos y por eso el gran desarrollo que en el último tercio de siglo se dá á la enseñanza.

España ha roto las antiguas tradiciones en punto á la enseñanza; ha sustituido á los antiguos dómines con profesores aptos, y el exiguo material con útiles apropiados al caso; pero aún le queda mucho que andar para poner las escuelas al nivel de las que nos sirven de modelo en los países más adelantados.

Un paso más, que al coronar ese ideal con el más completo éxito, engrandeceremos el nombre de la patria y nos haremos dignos de las libertades públicas porque venimos suspirando.

JOSE NOVI Y PEREDA

A LA PRECIOSA NIÑA

ROSINA PANDO

Hermosa como Vénus,
niña hechicera,
pareces un capullo
de Primavera,
que con la brisa
esparce sus aromas
cual tu sonrisa.

Parecen dos claveles
tus labios rojos,
dos luceros radiantes
tus negros ojos;
y tu cintura,
palmera del desierto
por su soltura.

No te distingue sólo
tanta belleza;
también en tu mirada
todo es pureza;
¡niña gentil,
que siempre tu sonrisa
sea infantil!

Rosina idolatrada,
yo te bendigo,
que el Ángel de la Guarda
duerma contigo,
y en el reposo,
deposite en tu cara
beso amoroso.

Y la dulce inocencia
que hay en tu sér
la guardes para cuando
seas mujer;
y así, Rosina,
niña, serás un ángel,
mujer... divina!

ADAMINA GARRIGÓS

LOS PÁJAROS

El verano había llegado en toda su plenitud, trayendo consigo los días calurosos y las noches tibias y serenas.

Todos los habitantes de la granja se hallaban ocupados con las faenas de la recolección y el Sr. Clemente había suspendido también sus lecciones á los niños y sus conferencias é historietas á niños y adultos.

El viejo pastor, sin dejar sus humanitarias tareas de cuidar á los animales y aliviar los padecimientos de los granjeros, no olvidaba que á su edad es una imprudencia exponerse á los rayos de un sol canicular; por lo que sólo se permitía un rato de recreo al anochecer, conversando con los niños pequeños.

Sabido se tiene que en esta época es también cuando la mayor parte de las aves han

concluido de criar sus hijuelos, y que estos, por sus cortos vuelos é inexperiencia son fáciles para dejarse coger.

Uno de los niños mayores, ocupado en ayudar al acarreo de las mieses á la era, habia cogido tres bonitos jilguerillos nuevos, y como carecia de jaula donde encerrarlos y de tiempo para atender á su cuidado, se los regaló al Sr. Clemente.

El buen anciano, que de todo procuraba sacar partido para la consecucion de sus humanitarios planes de enseñanza, hizo tres rústicas jaulas de mimbres, aunque toscas, seguras y á propósito para que sus habitantes estuvieran en ellas con comodidad. Colocó un pájaro en cada una, é hizo con ellas tres regalos á otros tantos discípulos de los que mejor lo merecian por su aplicacion.

Los agraciados, que fueron dos niños y una niña de unos siete años de edad, recibieron el don llenos de alegría y prometiendo cuidar á sus pajaritos con el mayor esmero.

El abuelo prometió tambien regalar un cordero á aquel de los tres que mejor cumpliera su palabra de proporcionar alegría á su prisionero.

Habian pasado quince dias despues del regalo. Al anoecer de un caluroso dia, el abuelo se hallaba á la puerta de la granja rodeado de chiquitines, cuando dirigiéndose á tres de estos los interpeló:

—No me habeis dicho nada de los jilguerillos que os di: tú, Ginés, ¿cómo está el tuyo?

—¡Ay, abuelo!... ¡Ya verá Vd. qué hermoso y que contento! Todos los dias le pongo agua fresca y cañamones, y á las horas del mayor calor le cuelgo en el cernedero, que es la pieza más fresca de la casa.

—Muy bien, Ginés: no esperaba otra cosa de tí: ¿y el tuyo, Leoncio?

—Yo, contestó el interpelado, conteniendo apenas las lágrimas y con los ojos bajos: yo he tenido mucha desgracia. He cuidado mi pajarillo lo mismo que Ginés, y cuando ya estaba acostumbrado á la jaula y á mí, y hasta empezaba á cantar, esta misma mañana me le he encontrado muerto.

El anciano miró al niño con severidad y

—Ya sabes, le dijo, que el defecto más feo en un niño es el de no decir la verdad. Por algo se habrá muerto el pájaro; si lo sabes, espero me lo digas.

El pobre Leoncio rompió á llorar, y contestó entre sollozos:

—Abuelito, perdoneme Vd., que ha sido el pícaro gato el que le ha matado. Como yo le queria tanto, anoche le colgué en un clavo encima de mi cama para verle hasta que me durmiera, y en el momento en que hoy despertase. El clavo estaba muy bajo, y el infame *Blanquirubio* se ha aprovechado de mi sueño para matarle.

—En eso conocerás, querido Leoncio, que casi siempre es perjudicial el exceso de cariño, contestó el buen viejo. Te hubieras contentado como Ginés en cuidarle y tenerle siempre en sitio seguro y te ahorrarias ahora este sentimiento.

¡Si tú supieras cuántos padres, y sobre todo, cuántas madres, tienen que llorar la

muerte ó la perdicion de sus hijos por exceso de cariño!

Pero... no llores más, pues yo te perdono la falta en virtud de lo que la ha ocasionado.

Vamos á ver, Mercedes, ¿qué nos cuentas del tuyo?

Un rayo caido á los piés de la niña no la hubiera dejado más confusa que esta sencilla pregunta del abuelo. Anegada en lágrimas y sin poder pronunciar una palabra, el anciano la cogió en sus brazos y acariciándola con la mayor ternura:

—Merceditas, la dijo, tranquilízate, que tú no puedes haber hecho nada malo con el pajarillo; cuéntamelo, que desde ahora mismo te perdono, si es que necesitas perdon.

—¡Ay, abuelito! contestó la niña sosegándose poco á poco. Yo cuidaba el jilguerillo y le acariciaba y le queria mucho; pero el pobrecito cada dia estaba más triste: no queria comer ni beber, y cuanto más le hablaba y mimaba, más receloso y más triste se ponía.

¡Ni aún el consuelo de Leoncio puedo tener de haberle visto hasta despues de muerto! He sido tan... tan... yo no sé lo que he sido, que viendo que el pobrecito se moría de tristeza, le abrí la jaula para que se marchara.

¡Ay, abuelo, eso sí; al ver la alegría con que echó á volar y ponerse en una rama del árbol grande á piar, como si quisiese darme las gracias por su libertad, le confieso á usted tuve tanto placer, que hasta creí que habia hecho bien!

—Y lo hiciste, hija mia, contestó el anciano, besando las mejillas de la niña. Tambien lo hiciste, que mañana mismo te regalo el cordero más hermoso que haya en la granja.

Vosotros, añadió dirigiéndose á Ginés y Leoncio, no habeis hecho más que cumplir con un deber de justicia en cuidar á vuestros pájaros, toda vez que con esa condicion los poseiais, salvo la imprevision de Leoncio, que, por otra parte, ya lo ha pagado quedándose sin él; pero Mercedes ha practicado un acto de abnegacion, prefiriendo al placer que la proporcionaba la posesion del jilguero, el gusto de practicar una buena obra, devolviéndole la libertad.

CAYETANO COLLADO



Á SAN JOSÉ DE CALASANZ FUNDADOR DE LAS ESCUELAS PÍAS

ODA

Pietas ad omnia utilis est

(1.^a ad Timoth. cap. IV
vers. 8).

¡José de Calasanz!... Ved aquí el nombre nunca bien alabado de un gran héroe español, á quien renombre de *Mentor de la infancia* han otorgado ya dos siglos y medio, como el mejor de la impiedad remedio.

¡José de Calasanz!... ¿Con quién podremos

justos parangonarle?...

¿Con *Vicente de Paul*?... Pero sabemos que en caridad aún logra superarle.

Paul al cuerpo da alivio:

Calasanz de las almas es subsidio.

Y cuanto al cuerpo el alma en noble excede,
Calasanz en grandeza

á Paul supera, palma le concede
de la orfandad del alma ser riqueza
con su enseñanza pia,
que al tierno niño hácia la Gloria guia.

Los dos al par, bellísimas figuras
de caridad cristiana,
emocionan del alma las ternuras.
¡Con un huérfano en brazos Paul se ufana!...
¡Calasanz, sobrehumano,
mira al cielo con niños de la mano!...

Ambos columna son de los Estados:
mas si erige la Francia
á Paul do quier, y en climas apartados,
mil estatuas de honor con arrogancia,
¿por qué al *Santo Maestro*
Calasanz, no las alza el deber nuestro?

¡¡A un héroe tan sublime el pueblo hispano
apenas si conoce!!!...

¡Oh, baldon!... hónrele, muéstrese ufano
con sábio tal, y en Calasanz se goce,
de su piedad y gloria
hinchiendo el mundo con la hermosa historia.

Peralta de la Sal, pueblo de Huesca,
en Aragon, dió cuna
al que nació como la rosa fresca
de Abril, vertiendo aromas, cual ninguna,
de heroicas virtudes,
que le dan ya en Sion excelsitudes.

En el Empíreo ocupa excelso sólio
desque tumba gloriosa
le diera la ciudad del Capitolio.
Crece su fama y vuela presurosa
del uno al otro polo,
desde el Cinca al aurífero Pactólo

El en su fé magnífica apoyado,
por Dios, con amor noble
á los niños del todo consagrado,
de ciencia y de piedad el gérmen doble
vertió en sus almas tiernas,
y les hizo anhelar palmas eternas.

Y cunde el fruto de su afán fecundo
do quier se alza una aldea,
un tugurio, un rincón pobre del mundo;
que no sólo en las córtés alardea
lo que alto honor merece:
la virtud sin frontera do quier crece.

Y cunde como el grano de mostaza.
y cubre el aire, el cielo,
al mundo antiguo con el nuevo laza,
de bienestar, opímo alzando el vuelo,
y, cual fúlgido faro,
resplende en toda latitud preclaro.

José de Calasanz vió que la ciencia
sin la piedad es humo,
un buque sin timón, que en la turgencia
del mar humano el oleaje sumo
de tormentas levanta:
¡hermoso mal que la virtud suplanta!...

Por eso al dar la ciencia que tenía,
de Dios el temor santo
y la virtud primero proponía
á los niños, su amor, ídolo, encanto;
y en su pecho instilaba
la piedad que en el suyo rebotaba.

Es que el Varón estaba penetrado,

que con virtud, la ciencia
es salva-guardia firme del Estado,
y del mismo destierra la indigencia;
que la piedad es útil
para todo, y sin ella, todo inútil.

Así con estas máximas preciosas
dió á los pueblos veneros
de bienandanza y paz, horas dichosas,
honor, prez, y tesoros duraderos,
mientras vivió; y lloraron
su muerte los que más le calumniaron.

Para perpetuar tal beneficio,
ved su industria cuál supo
fundar la Escuela Pia; á su servicio
llamando prole, á la que en dicha cupo
su espíritu piadoso
heredar, y su celo prodigioso.

Esos que veis, de abnegacion dechados,
de paciencia modelos,
mártires generosos, ignorados,
educando en sus aulas con desvelos
á niños indigentes
de virtud y de ciencia con torrentes,

Son Escolapios, útiles maestros,
son vástagos lozanos
de aquel árbol frondoso, atletas diestros,
que brindan sin cesar con frutos sanos
de riqueza opulenta
á pueblos mil, cuya ignorancia afrenta.

Amadlos, pueblos, si quereis ventura,
y la niñez preciada,
de la patria esperanza, aurora pura,
de Escolapios fiad al aula honrada,
para verla más tarde
de la España ornamento, orgullo, alarde.

Amadlos... Confiad, que de su Padre
los pasos siguen fieles:
para los niños cariñosa madre
todos son: suyos hacen los laureles,
que alcanzarán un día,
realzando el lustre de la Estirpe Pía.

Amad al filantrópico instituto
que piedad y virtudes
con raudales de ciencia da por fruto
en todas las cristianas latitudes,
y hace del niño un hombre
que á todo el mundo por virtuoso asombre.

La calasancia institucion es gloria
del siglo diez y nueve,
dá páginas brillantes á su historia,
de su progreso al par digna se mueve,
con él marcha, y prospera
de ilustracion por la creciente esfera.

Sumad—si es que podeis—los que ha educado
sobresalientes génios,
sus alumnos, decoro del Estado,
los múltiples ingénios
que la honoran ya tanto,
de Hesperia gloria, de la Iglesia encanto.

¡Oh!... Mientras haya en el poblado mundo
niños que educar deba,
su celo desplegando sin segundo
desde Tavira al renombrado Déva,
por do quiera, ufana,
irá con ellos inmortal, gloriosa.

¡Gloria á José de Calasanz, loóres!
¡Gloria á su Escuela Pía,
que fundara entre envidias y sudores
bajo la Egida Santa de María!...
¡Paso á los niños tiernos,
que al Escolapio dan láuros eternos.

JOSÉ ANTONIO GARCÍA DE LA IGLESIA

LA MUJER ORIENTAL

El mundo filosófico despierta de un sueño de sesenta siglos.

Há ya mucho tiempo, tanto que la humanidad no lo retiene en la memoria y apenas lo vislumbra en la primera página del Génesis, durmióse Adam en el Jardín de las Delicias, donde, rodeado de goces, rey de la Creacion, cabeza del mundo, dominador de cuanto abarcaba su vista, sentia, sin embargo, un tedio insoporrible en el fondo de su alma. Era que, en medio de tanta multitud de seres, se veia solo; su espíritu necesitaba un compañero y su corazon un objeto en qué cifrar sus afectos.

Durmióse el primer hombre, y al despertar halló á su lado á la mujer. Una mirada de amor cruzóse entre ambos. El género humano estaba definitivamente constituido.

Eres carne de mi carne y hueso de mis huesos, dijo Adam á su esposa. La habia conocido desde el primer instante en que sus ojos se posaron sobre ella.

Pero el sueño del padre del género humano dura todavía. Él despertó y conoció á su compañera. Sus hijos no la hemos conocido despues de un trascurso de seis mil años.

Ya el letargo empieza á disiparse. Los hombres de nuestros dias se preocupan con cierto afán del insondable problema contenido en ese bellissimo vaso de aromas delicados que se llama mujer. Ya la filosofía ha penetrado en ese recinto misterioso que alberga el alma de la hermosa compañera del hombre, y sorprendiendo secretos admirables, sentando principios de incontrastables cimientos y estableciendo bases para la futura regeneracion de la más delicada é interesante mitad de la humana familia, abre horizontes de luz que iluminan espléndidamente las esferas de la razon y de la conciencia varonil, impulsándolas por nuevos derroteros al conocimiento amplio, profundo, de lo que es la débil criatura que nos asiste en las horas del dolor con dulcísima solicitud, y llena de flores y felicidad los instantes de placer del elegido de su corazon.

La sociedad de nuestros dias sale al fin de la postracion en que se hallaba. Conoce por intuicion que no está completa, que algo le falta, que en su esencia, en su organismo, se echa de menos un elemento poderoso de vida y de armonía. Sabe que fluctúa en el vacío sin concierto ni orden, mientras no tienda la vista hácia la criatura que le da el sér, que la vivifica, que la consuela, que la guia por los oscuros senderos que atraviesan el camino de la existencia.

Y todos á una se ponen á la pista de su objetivo; pero esto es muy complejo, entraña muy diferentes puntos de vista y todos importantes, trascendentales. Cada cual deduce una consecuencia más ó ménos lógica del estudio que hace y de las premisas que fija. Unos concluyen diciendo que la mujer es un sér incomprensible de quien es necesario huir y precaverse. Otros afirman que debe ser igual en un todo al hombre, debiendo disfrutar de los mismos fueros y preeminencias, de idénticos derechos políticos y sociales. Los más sostienen que es inferior al sexo fuerte, no tan solo en su organismo material, si que tambien en su naturaleza intelectual y moral. Entre tanta diversidad de opiniones, tal vez salga la luz de la equidad, ya que no de la verdad terminante de la lógica.

Mucho se ha adelantado en estos últimos

tiempos por el camino del estudio y observacion de la mujer. Los primeros génios de este siglo han dedicado las mejores galas de su talento á la construccion de ese edificio gigantesco, consagrado á la regeneracion social de ese sexo encantador.

Alejandro Dumas, en su último libro *Las mujeres que matan y las mujeres que votan*, ha puesto nuevamente sobre el tapete esta trascendentalísima cuestion. Emilio Girardin, en *La mujer igual al hombre*, ha dado mayor interés al debate, ya de suyo importantísimo. El problema es de palpitante oportunidad. El siglo en que vivimos da señales de lo que es.

La pluma inimitable de Rodriguez Solís en *La mujer, Las extraviadas y Eva*, ha levantado el pendon de la lucha entre la sociedad y la mujer á su período decisivo. Poco ó nada resta que decir despues de leer sus páginas, sino esperar el fallo de la conciencia, ese juez infalible que decreta una sentencia, sancionada siempre por las leyes inmutables de la Naturaleza y de la moral.

El cuadro, sin embargo, no es perfecto á nuestro juicio. Algo falta en su lontananza. Esa mujer que en él aparece es siempre la misma; esto es: la mujer europea, la mujer cristiana, la mujer de nuestra civilizacion. El sexo femenino que ha nacido bajo el ardiente sol de Oriente no ha tenido cabida en el grupo estudiado con tanto afán por nuestros escritores contemporáneos. ¿Acaso el Oriente no está llamado por la Providencia á ejercer una influencia poderosa, tal vez decisiva en el actual conflicto social? Las leyes de la historia, tan infalibles como su autor, pueden responder categóricamente. Siempre del confin oriental ha salido el progreso, la gloria, y el desquiciamiento de la humanidad. Nunca revolucion alguna surgió en el globo terráqueo, que no tuviera su germen en ese vasto continente bañado por las aguas de tres océanos. El Oriente, cuna del género humano, no ha perdido su histórica importancia con el trascurso de los siglos. Si el destino existe, el del mundo se encuentra allí.

Pues bien: la mujer de Oriente ha sido excluida del sumario de ese proceso que la conciencia humana sigue al hombre y á su compañera. Mientras la mujer no sea conocida en todas sus fases, será imperfecta la obra que en su defensa se haga.

La religion de Mahoma es de las más extendidas en Asia y Africa, la que más contacto tiene con nosotros. Ocho siglos de dominacion de los árabes en España han sido más que suficientes para que en nuestra patria, más que en alguna otra nacion, hayan quedado restos de sus creencias y fragmentos de sus ideas. Nuestro modo de ser actual, nuestra organizacion política, en todo aquello que tiene de extraña, de abigarrada, tal vez se debe á los que nos precedieron en la posesion de Iberia. Las mujeres españolas son en gran parte continuacion y complemento de las musulmicas. Es extraño, pues, que las primeras plumas de nuestro país no se hayan ocupado de la mujer oriental, tan olvidada, tan abandonada, antes de escribir acerca de la española.

Son olvidos involuntarios que tal vez se subsanen muy pronto en atencion á la marcha del siglo XIX.

JOSÉ MARÍA MEDINA



¡QUÉ HERMANOS!

—¡Caballero, una limosna;
por la Virgen, caballero!
Soy un pobre jornalero
que no lo puede ganar.
Trabajo busco... ¡ay! en balde;
me dicen que no hay trabajo,
y andando de arriba abajo
llevo seis días de afán.
Nada tengo, señor, nada;
en mi situación repare.
—*¡Cómo ha de ser! Dios le ampare,
que es quien le puede amparar.*

—Tres niños tengo, y fallecen
de miseria los tres niños.
¡Si los viérais! como armiños,
blancos cual la nieve son.
He de traerlos mañana,
y los vereis al traerlos;
seguro estoy de que al verlos
se os partirá el corazón.
¿Aún no me oís? ¿Más miserias
quereis, al fin, que os declare?
—*Le digo que Dios le ampare,
que puede ampararle Dios.*

—El cielo me oirá algún día,
fío en la piedad del cielo;
mas ¡cuán amargo es el duelo
que hay entre tanto en mi hogar!
La madre de mis tres hijos...
¡ay! muriendo está la madre;
dadme, señor, si sois padre,
una triste caridad.
Yo diré que sois humano
á quien por vos preguntare.
—*Repito que Dios le ampare,
que es quien le puede amparar.*

—Por mis yerros, tal vez, sufro;
Dios perdonará mis yerros,
pues ¡ay, señor! vuestros perros
son más dichosos que yo.
Conmigo partid sus sobras,
dejad que hoy coman conmigo,
como un huésped, un amigo
que busca su protección.
Mal pago tendrá quien sordo
al prójimo abandonare.
—*(¡Ya me irrita!) Dios le ampare,
que puede ampararle Dios.*

—Opulento sois: ¿quién debe
dar, si no da el opulento?...
No os pido yo un aposento
grande y de lujo sin par,
ni vestidos que me abriguen,
(¡para el pobre no hay vestidos!)
ni esos anchos y encendidos
braseros, que calor dan.
Con un poco de pan negro
que á sus perros les quite...
—*(¡Voto á un rayo!) Dios le ampare,
que es quien le puede amparar.*

VENTURA RUIZ AGUILERA

EL CLAVEL Y LA DALIA

Tenia Emilio dos flores en la mano: una dalia purpúrea y un clavel encarnado como la grana.

Ambas eran á cual más admirables por su hermosura, y el niño las contemplaba con fruición. Mas al olerlas y notar que la dalia despedía un olor desagradable y el clavel exhalaba un suave y delicioso perfume, arrojó con disgusto

la primera y conservó el segundo, colocándolo graciosamente en el ojal de la chaqueta.

—Las dos flores son hermosas, dijo; pero no solo se ha de buscar la hermosura en las flores; las que tienen perfume son mucho más preciosas. Una flor sin aroma es una hermosura sin vida.

Lo que el niño dijo de las dos flores, puede también decirse del hombre, en el cual la virtud es como el aroma en la flor. El virtuoso es digno del mayor aprecio, el perverso es despreciable. De igual suerte que Emilio prefirió el clavel por su dulce olor, preferimos en la sociedad al hombre por su virtud.

Reflexión.—Nada hay más bello que la virtud, ni nada que nos haga más apreciables para nuestros semejantes. Nada valen sin ella, la hermosura ni la ciencia. Es una cualidad que eleva la dignidad humana, y la aproxima, en cierto sentido, á la sublime perfección de los ángeles. El hombre bueno refleja en sí, de un modo superior, la infinita bondad del Sér Supremo.

Todo el que estime en algo su propia personalidad; el que desea hacerse merecedor de la benevolencia y el aprecio de los demás; el que aspira á ser feliz en la vida, y después de la muerte bienaventurado eternamente en el cielo, debe procurar, por todos los medios que estén á su alcance, formarse hábitos de virtud, puesto que solo ella puede guiarle á la consecución de tan altos fines.

La virtud lleva consigo la felicidad. Ninguna ventura se iguala á la satisfacción que se siente cuando se ha obrado con arreglo á la razón, cuando se han cumplido los deberes morales, cuando se han aliviado los dolores y los trabajos de nuestros semejantes.

¡Feliz el bueno! ¡Infeliz el malo!

MANUEL GONZALEZ ALVAREZ

LAS POMPAS DE JABON

Vedlas con qué alegría,
Dolores y Consuelo,
de agua y jabon formadas,
lanzan pompas al viento...
—Mira esta qué brillante...
¡qué colores tan bellos!...
—Ya verás esta otra
cómo llega hasta el cielo...
Y una tras otra lanzan
veinte, cuarenta, ciento;
y cuanto más hermosas
y grandes van saliendo,
más presto se deshacen
y en lluvia caen al suelo,
sin que una vez siquiera
consigan su deseo
de ver subir las pompas
cruzando el firmamento.

La ambición, el orgullo,
los placeres sin freno,
la gloria, las riquezas,
y otros mentidos sueños
que el hombre, en este mundo,
fabrica en su cerebro,
son pompas muy brillantes,
que, al remontar el vuelo,
en lluvias convertidas
desaparecen presto.
Sólo la virtud puede
cruzar el firmamento.
Sólo ella sube y... sube...
hasta llegar al cielo.

RICARDO SEPÚLVEDA

LEYENDO EL QUIJOTE

Vedle: si os le figurais docto, desde luego le considerareis absorto en la profunda enseñanza que contienen las páginas inmortales de Cervantes; si os le figurais presumido, sintiendo el remordimiento de su vanidad; si os le figurais vacío, sonriendo con la dulce sátira, con esa sátira que arranca una carcajada al necio, que hace fijar la vista al hombre reflexivo y sentir al sábio.

Vedle: con el traje de la época, parece como que os recuerda las ejemplares virtudes cívicas del autor del *Quijote*; parece como que os le recomienda por los méritos que contrajo en Lepanto; por su gallarda apostura, parece que copia su continente; por su expresión risueña, parece que quiere presentarle fotografiado á vuestros ojos. Pero ¡cuán poco transmite el lápiz, por hábil que sea, cuando se trata de representar el sentimiento íntimo de los hombres! Todo lo exterior, todo lo que está sujeto al dominio de los sentidos, todos los productos de la naturaleza, todo lo ideal, puede con el arte trasladarse al lienzo; pero ¡ay! ni Tiziano, ni Miguel Angel, ni Velázquez, ni Murillo, pudieron jamás transmitir los pesares ni las alegrías de otros, porque no las sintieron.

El grabado que ofrecemos á la contemplación de nuestros lectores representa la admiración del personaje que lee. Sonríe, pero su sonrisa puede ser provocada por los delicados chistes del autor, ó puede ser una sarcástica amenaza al poder que esclaviza los ingenios. Sonríe, pero su sonrisa puede ser un frívolo desahogo del alma ó una sentencia de muerte.

¡Cervantes! ¿Quién lee sus eruditas páginas sin emocionarse? ¿Quién no adivina sus sentencias, quién no se familiariza con su lenguaje, quién no toma parte en las aventuras de sus héroes?

¡Cervantes! yo te venero, como autor de la obra más grande que registran los anales de la literatura universal; yo te respeto como soldado valeroso, mutilado en aras de la patria; yo te admiro por tu valor cívico y por tus virtudes ejemplares.

Tal es la expresión del dibujo á que nos referimos.

ADELINA MARK

¡DIOS MIO!

(SONETO)

Yo no os pido, Señor, grandes venturas,
que es la pobreza mi mejor tesoro:
yo no os demando posición ni oro,
causas tal vez de horribles amarguras.

Yo solo ansío célicas dulzuras
por esta soledad que ahora deploro:
yo os amo, Señor, yo, sí, os adoro,
como no aman jamás las criaturas.

Todo lo hermoso, tierra, mar y cielo,
concurren la grandeza á demostrarme
de vuestro excelso y refulgente trono,
ante el cual me arrodillo con anhelo...
Yo para amaros, vos para premiarme:
ahí teneis todo lo que yo ambiciono.

FRANCISCO ARECHAVALA



Leyendo el Quijote

DULCES ENSUEÑOS

I

Amanecía una bellísima y poética mañana de Mayo: yo me hallaba sentado á la puerta de una pintoresca gruta situada al pié de una elevada montaña.

Las diáfanas gotas del rocío, posadas sobre las corolas de las flores, parecían diademas de brillantes descendidas del cielo para adornar las maravillas de la naturaleza.

Las aves batían gozosas sus alas, y abandonando sus lechos de mullidas plumas, se remontaban al espacio, lanzando al viento sus dulces y melíferos gorjeos.

Un precioso ruiseñor, orgulloso rey de la música, ensalzaba desde las ramas de un rosal sus melodiosos y variantes trinos para saludar la venida del naciente día, que principiaba ya á asomar por los rosados balcones del Oriente.

Todo estaba en calma.

Las fuentes murmuraban sus amores.

Las áuras susurraban entre las hojas de las flores, diciéndoles al oído palabras que las hacían estremecer de contento.

Todo respiraba alegría en la naturaleza.

Pero aquella alegría, que hubiera acrecentado el gozo de un alma feliz, contrastaba con la tristeza que embargaba mi corazón, atormentado por los horribles lazos del pesar.

En medio del general contento, una tórtola solitaria, posada sobre las ramas de un elevado sauce, lanzaba al cielo sus plañideros ayes.

El monótono canto del ave no era sino un suspiro prolongado; suspiro conmovedor, profundo, triste, ocasionado por el recuerdo de una felicidad, tal vez no muy lejana, pero perdida para siempre.

Aquellos tristes ayes me consolaban.

También yo suspiraba.

Yo anhelaba también la posesión de una felicidad desconocida, sí; pero existente en el mundo, y por tanto posible de hallar en el mundo que ante mi vista se extendía.

II

De pronto se iluminó con esplendente claridad el fondo de la gruta, en cuya puerta me hallaba sentado.

Levanté los ojos é hirió mi vista una figura misteriosa, fantástica, indescriptible, blanca como la nieve, vaporosa como un espíritu, pura como la sonrisa de un ángel.

—¿Quién eres? la pregunté, incorporándome asustado.

—Yo soy la *Amistad*, me dijo con una voz suave y armoniosa. Mi aliento purifica las almas y mi mirada alienta los corazones; yo doy consuelo al que padece, y felicidad al desgraciado. Pero en vano buscarás hoy en mí la felicidad, porque há mucho tiempo que me arrojó el mundo de su seno y he muerto para el mundo.

Diciendo esto desapareció.

Yo quedé triste y pensativo.

No sabía lo que pasaba por mi alma.

Trascurrieron algunos instantes.

Aún conservaba en mi imaginación el recuerdo de la figura misteriosa.

Y pensativo y triste, resolví abandonar la gruta.

Sentía mi corazón oprimido.

Mi alma ansiaba la posesión de una cosa de que yo mismo, al preguntarme, no hubiera sabido darme cuenta.

III

De pronto levanté los ojos y me hallé á la presencia de otra nueva figura misteriosa, aún más hermosa que la primera, y envuelta en una nube de rosa, avanzó hasta colocarse junto á mí.

Yo la miré, y arrastrado por un poder secreto, sentí que la fuerza de mi voluntad se rendía ante los atractivos de aquel sér fantástico, sobrenatural, casi divino.

—¿Quién eres? exclamé con afán.

—Soy el *Cariño*, contestó.

Y contemplé al cariño entusiasmado.

—Yo, continuó la visión, sentimiento puro como la mirada de Dios, destruyo los imposibles, uno las almas y estrecho los corazones. Para mí están francas las puertas de las cabañas como las de los palacios; reyes y esclavos, princesas y aldeanas, todo el mundo se rinde ante mis plantas. Pero en vano buscarás hoy la felicidad que apeteces. En otras edades, el guerrero entraba en batalla pronunciando con fé el nombre de los seres que le eran queridos; el trovador, al pié del gótico castillo, pulsaba su laúd ante el recuerdo de su amada, yo impulsaba aquellas mentes, yo enardecía aquellos corazones, yo mantenía en lazo estrecho á los miembros de la familia, yo sembraba por doquiera la felicidad. Pero aquellas edades pasaron, extinguióse la fé, cual la luz del sol, al soplo de la noche, y el mundo me arrojó de su seno. El amor de tu felicidad solo existe en la región de tus ideas: hoy el rey del mundo no se llama cariño, no se llama amor, como en otros días, se llama... ¡materialismo!

Y diciendo esto, la figura desapareció.

IV

El sol iluminaba por completo el horizonte. Hacia un día primaveral deliciosísimo.

A pesar de todo, ni los fulgores del sol, ni los acentos de las aves, ni los perfumes de las flores, eran capaces de prestar á mi alma la felicidad que apetecía.

¿Qué me importaban las bellezas de la naturaleza sin las bellezas del sentimentalismo?

Buscaba amistad, y la amistad era una mentira: buscaba cariño, y el cariño era una farsa.

De pronto levanté los ojos y ví una tercera figura misteriosa.

Aún era más hermosa que las dos anteriores.

Deslumbraba.

—¿Quién eres? la pregunté sobrecogido,

—Soy la *Felicidad*, me contestó. ¿Buscas amistad? ¿Buscas cariño? Pues bien; sígueme y el cariño y la amistad serán contigo.

Lleno de alegría me dispuse á seguir á aquel sér tan seductor como deslumbrante.

Comenzamos á andar por la campiña.

El sol brilló con una luz más esplendorosa.

El áura susurraba más dulcemente.

Las flores, que al pasar inclinaban ante nosotros sus corolas, desprendían con más intensidad la esencia de sus perfumes.

Al cabo de una hora llegamos á la cúspide de una montaña elevadísima, y allí nos detuvimos.

El mundo oscilaba á mis pies como un hormiguero.

El aire zumbaba en las alturas con una intensidad indescriptible.

—Ven, me dijo la figura misteriosa tomándome de la mano.

Yo obedecí ciegamente.

—¿Es cierto que buscas la amistad en la tierra?

—Sí.

—¿Y el cariño?

—Es cierto.

—En vano te esfuerzas tras esos dos objetos: son dos fantasmas.

—¿Es posible! exclamé. ¿Pues no me has prometido tú ese cariño y esa amistad que busco? ¿Por qué me has mandado seguirte?

—Para desengañarte.

Y la figura exhaló un grito y desapareció entre las nubes.

En aquel instante, solo, desengañado ya y triste, alcé mis ojos hácia las mansiones de Dios de la verdad.

Y ví cruzar por el espacio un ángel con la mano tendida hácia el cielo.

—¡Pobres locos que buscáis la felicidad en la tierra! exclamó. En vano os esforzáis: allí, en el cielo, está la felicidad única y verdadera: los placeres del mundo son efímeros y transitorios.

V

CORTA ES LA VIDA

Paróse, una voz sentida,
cierto viajero, escuchando,
y vió un ave que, rendida
al pié de un árbol, piando,
triste exhalaba la vida.

Y al ver que, al árbol querido
mirando desde la grama,
alzaba el postrer gemido
hacia la flexible rama,
do aún columpiaba su nido,

«Hé aquí, dijo en su sorpresa,
la imagen de la fortuna:
vagando sin ley alguna,
al fin hallamos la huesa
al mismo pié de la cuna.»

Y alejándose al momento,
por templar su mal no escaso,
añadió en su pensamiento:
«¿Cuánto las separa?—¡Un paso!
¿Y qué media entre ambas?—¡Viento!»

RAMON DE CAMPOAMOR

LA CIENCIA PARA EL NIÑO

EL MUNDO DE LAS PLANTAS

Apenas consolidada la tierra bajo la acción del calor y de la humedad, brotaron por do quiera toda clase de plantas. Las acuáticas debieron preceder á las terrestres porque siendo la acción disolvente del agua la que determinó la creación de los terrenos propios para el desenvolvimiento de las plantas, antes que esos terrenos existieran, las aguas dieron albergue á las primeras formas vegetales del globo.

La mayor parte de las plantas tienen á la simple vista, ó al más ligero exámen, las siguientes partes ú órganos: *raíz, tallo, hojas, flor, fruto, grano ó semilla.*

La *raíz* sirve para aferrar la planta al suelo; sin la raíz el viento más suave la derribaría. Además, por medio de ella la planta toma del suelo la mayor parte de su alimento. Las raíces, á veces, están acompañadas de tubérculos carnosos, propios para la reproducción de la planta, como por ejemplo, la patata; pero este órgano no es la raíz, como vulgarmente se cree. Las raíces afectan muchas formas; las de los árboles son ramosas, las del trigo y demás cereales son fibrosas; algunas, las de las plantas resinosas se introducen en línea recta en el suelo. En varias especies la raíz vive más tiempo que la planta.

Las *hojas*, de un verde más ó menos pronunciado, son el ornato de los bosques. Pocas especies carecen de hojas. En Australia tan sólo se ven enormes selvas desprovistas de hojas, lo cual dá un aspecto extraño á aquel país.

El *tallo* es el órgano que pone en comunicación á la raíz con las hojas. Por medio del tallo el árbol se eleva á grande altura sobre el suelo. Los hay en los países tropicales de cien metros de elevación. Los troncos de las plantas suministran á la industria multitud de materias primeras. Hay troncos leñosos y herbáceos. Ejemplo de los primeros, el pino; de los segundos, los cereales, el trigo entre otros.

Si por medio de la raíz, del tallo y de las hojas, los vegetales se nutren y viven, por medio de la *flor* se perpetúan y reproducen sobre la tierra de una manera continua. Todo el vegetal está contenido en la flor; es en las plantas lo que el cerebro en los animales. Todo, pues, en el vegetal, está subordinado al crecimiento y á la producción de la flor. Contiene la flor, vista de fuera á dentro, por su orden: 1.º, el *cáliz*, de color verde; 2.º, la *corola*, de hermosísimos matices, y 3.º, los *órganos reproductores* del vegetal. Estos últimos son el *estambre*, órgano masculino, y el *pistilo*, órgano femenino. En el estambre se distingue á su extremo un saquito que se llama la *antera*, que está llena de *pólen*, polvillo finísimo. En el pistilo se vé una abertura que se llama *estigma*, que por medio de un conducto llamado *estilo* está en comunicación con una cavidad que se denomina *ovario*. El

ovario contiene los *huevecillos* que son como los rudimentos de las simientes.

El *fruto* es invisible, en tanto no cae la flor. El fruto es el ovario que crece extraordinariamente, afectando tamaños muy diversos, desde el del melon hasta el del guisante.

La *semilla* está contenida en el fruto, así como este está contenido en la flor. La semilla es la última y definitiva creación del vegetal. Por eso muchas plantas mueren apenas han dado el sér á las semillas que deben perpetuarlas. La semilla contiene el *embrion*, ó sea el gérmen de la futura planta.

Tales son los diversos órganos de que se componen las plantas. Tal es la máquina vegetal. Veamos ahora cómo funciona.

Nacimiento. El embrion rompiendo la semilla que le contiene, y alimentándose de la sustancia de ésta, se desenvuelve en un primer periodo que se llama *de germinación*, bajo la influencia del calor y de la humanidad. Las raicillas muerden el suelo; fórmanse las primeras hojas y el vegetal surge á la luz, abandonando las entrañas de la tierra, que le cobijaron contra las inclemencias de la temperatura y contra los ataques de multitud de insectos que viven á expensas de las semillas.

Nutrición. El vegetal se nutre de las sustancias que por las raíces toma de la tierra y que por las hojas toma del aire. Así como por el cuerpo de los animales, al través de las venas, se distribuye la sangre por todos los órganos, así la *savia*, que es la sangre de los vegetales, sube de la tierra por las raíces, hasta circular por tronco, ramas, hojas y flores. La *savia* es un líquido nutritivo que no se halla en el suelo, sino que lo forma el vegetal, combinando el agua con diversas sustancias, como la goma, el azúcar, albúmina y otras. La *savia*, después de subir hasta el extremo de las hojas, desciende de nuevo á la raíz. Así como la sangre de los animales superiores, para purificarse al llegar á los pulmones se pone en contacto con el aire, así también la *savia* en los vegetales se hace propia para cumplir sus funciones nutritivas, poniéndose en contacto con el aire al llegar á las hojas, á las flores y á las cortezas blandas del vegetal.

La luz también ejerce una influencia decisiva en la vida de las plantas. A ella deben su color verde y los variados y deslumbradores matices de la flor. Las plantas que viven en la oscuridad suelen perder sus colores característicos, palideciendo extraordinariamente.

Reproducción. El estambre comunica al pistilo el polvo amarillento contenido en la antera. Ese polvo, visto con ayuda del microscopio, aparece como un conjunto de huevecillos. Al través del estigma descienden esos huevecillos hasta el ovario, donde se rompen, dejando escapar un líquido que es el que opera la fecundación. Muere entonces la flor, terminada su misión reproductora; sécase, cayendo marchita y dejando tan solo el ovario, que de día en día se hincha y crece, hasta que, convertido en fruto, púdrese su carne y queda la semilla al descubierto. Entonces comienzan los actos del nacimiento de los vegetales ya explicados.

Hay algunas plantas que no reúnen en su flor los estambres y los pistilos; las palmeras, por ejemplo. Hay palmeras hembras y palmeras machos, y suelen estar á larga distancia unas de otras. ¿Cómo ponerlas en contacto para la fecundación? Cuando llega la época, cuando la flor está en todo su desarrollo, pasa sobre el bosque una ráfaga de viento que agita todas las ramas y riza todas las flores. Entonces los huevecillos de los estambres de las plantas machos en alas del viento se depositan en los pistilos de las plantas hembras. Otras veces, un enjambre de abejas ó ligeras é inconstantes mariposas vuelan de flor en flor, robándolas la miel y llevando, en cambio, en sus alas y en sus patitas doradas los polvillo fecundizadores, que de esa suerte llegan á largas distancias, sin que los insectos sospechen que contribuyen á dar vida á innumerables generaciones de plantas.

R. GINARD DE LA ROSA

(De la Revista Popular de conocimientos útiles).



EL HOMBRE

EN SUS RELACIONES CON DIOS, CON LA FAMILIA
Y CON LA SOCIEDAD

POR

VICENTE D. BORDANOVA

I

No hablaré aquí del hombre primitivo, cuyo origen sabéis por las Sagradas Escrituras, ni hablaré del hombre que figuró en la historia antigua, del hombre que vivió bajo el imperio de la vieja Grecia; ni siquiera de los que siguieron las huellas de la atrevida Cartago y del soberbio pueblo romano.

Voy á referirme al hombre en sus relaciones con las sociedades modernas, al hombre contemporáneo, al hombre, en fin, que vive entre nosotros.

Fué siempre mi anhelo el estudio de las sociedades: cuanto más laberíntica y difícil la situación de los pueblos, tanto mayor fué el empeño que en mi prolijo afán sintiera por estudiar sus necesidades, el remedio de todas sus aflicciones, y he de confesarlo, mis queridos lectores, mi penetración pequeña no ha podido desenvolver tan árduo problema, tan espinosa y difícil tarea.

He aprendido, sin embargo, en la desgracia; he leído, bien á pesar mío, en el libro de los desengaños, y al discurrir los días, he aprendido algunas nociones generales, algunas, no más, que voy á exponeros de la mejor manera posible, ageno á toda afectación; desnudo completamente de toda pasión.

Y aquí reclamo vuestra benevolencia, porque aunque de propósito quiero apartarme de todo pensamiento extraño á esta Revista, desconfío de tener habilidad bastante para llenar la misión, sin dejar traslucir algo que con otros asuntos se roce, al establecer paralelos, hacer comparaciones ó deducir consecuencias.

Primer punto.—El hombre, obrando dentro del círculo de su conciencia.

Habreis de permitirme, queridos niños, que antes de desenvolver este tema haga pública profesion de fé: yo soy católico, y soy católico por convencimiento. No me avergüenzo jamás de confesar ninguna de mis creencias, ni en materias religiosas, ni en materias filosóficas ó sociales, porque creo con sinceridad que el que tiene el derecho de exigir respeto á sus creencias ha de empezar por reconocer en los demás los propios derechos, y yo no vulnero ninguno de esos derechos; por eso, sin duda, he visto tan claro en el libro de los desengaños á que antes me referia.

Dejó á un lado el exámen de las religiones positivas, y entrando en las consideraciones que se desprenden del principio universal, pregunto:

¿Hay alguno en la vida de la humanidad que no haya rendido ferviente culto, siquiera una vez, á las inspiraciones de su conciencia, á la moral universal?

Seguramente que nó.

El hombre más avezado al crimen, el politeísta, el ateo, hasta los míseros habitantes del seno del Africa, hasta los salvajes que pueblan los incultos y vírgenes bosques de la Oceania, todos, todos los seres dotados de razon, sin distincion de razas, llevan escrito en el órgano del sentimiento este principio eterno é inmutable: «No debes querer para los demás, lo que para tí no quieras.»

Pues bien; practicado este axioma, cumple el hombre uno de los Mandamientos de la ley eterna, de esa ley escrita en el corazon de los probos, ley que dicta la conciencia misma, apenas las madres inculcan en el alma los rudimentos de la religion.

La conciencia se hace con la educacion moral, porque la educacion es el moderador de las pasiones, y esa enseñanza la transmiten, antes que nadie, las madres, con la palabra, con el gesto, hasta con la expresion ferviente de uno de sus besos embriagadores en el momento de celebrar uno de esos hechos que, aunque ejecutados inconscientemente, por razon de la edad, denotan los instintos del bien y de las inclinaciones naturales que se arraigan en nuestro sér; la transmiten más tarde los maestros con las lecciones de sus creencias y de su sabiduría, y la enseña el mundo en el trato continuo con los demás hombres.

De donde se desprende que el hombre de conciencia está aprendiendo siempre en el gran libro social, ó lo que es lo mismo, que no puede en ninguna de sus etapas abandonar la educacion moral, si no quiere colocar sobre terreno resbaladizo los impulsos de la conciencia.

Y aquí conviene hablar, aunque ligeramente, conviene que me detenga á decir algo á favor de la caridad, de esa virtud excelente que resplandece en el seno de todas las religiones, que cabe en todas las creencias y que es la más santa de cuantas virtudes puede practicar la conciencia del cristiano.

Yo he penetrado muchas veces en el hogar del pobre y he estrechado con efusion la mano generosa y compasiva del obrero, cuando dependiendo de un modesto jornal, de un jornal miserable, daba alimento y abrigo al aterido

anciano, al niño desvalido de tantos como gimen agobiados por el peso del infortunio.

Y estrecho con placer la mano del obrero desde que en dias aciagos, cuando Madrid estaba envuelto en el humo de hecatombes horribles, cuando por todas partes se oian lamentos y quejidos, cuando el ronco zumbido de los cañones tenia atemorizado al pueblo pacífico y laborioso, ví á un obrero que, huyendo de los peligros, tal vez de la muerte, recogió del antiguo laberinto de la Castellana un tierno infantito que la bárbara injusticia del hombre y de la suerte habian colocado, casi desnudo, al pié de la cascada.

La mano protectora que se extiende benéfica al enfermo que agota en la miseria los últimos momentos de la vida; el recurso que se prodiga al fatigado caminante en noches tenebrosas; la limosna que se alarga al mendigo, en cuyo semblante se ven retratados el dolor y el hambre; los beneficios, en fin, que redundan en favor de la humanidad doliente ó desvalida, inspirados son por la ardiente fé de la caridad.

Epopeyas sublimes, rasgos brillantes, conocemos todos, hijos de esa virtud.

¿No habeis visitado, ni por curiosidad, esos asilos en donde la beneficencia pública ó la particular remedia los males que afligen á los hombres?

Pues yo me permito aconsejaros que os tomeis, siquiera una vez, esa pequeña incomodidad, seguro de que habreis de emocionaros agradablemente al encontraros dentro de un recinto cuya exclusiva mision es la de enjugar las lágrimas de vuestros semejantes: de un recinto en donde se da abrigo al desnudo, alimento al hambriento y medicinas al enfermo que sufre con paciencia las amarguras del alma y los dolores del cuerpo.

Visitad, visitad siquiera una vez ese magnífico establecimiento de San Bernardino, y allí vereis, no solo remediadas las necesidades del afligido menesteroso, sino inculcar con afan perseverante en los acogidos una educacion esmerada y digna, como corresponde educar y tratar á seres dotados de inteligencia y de razon.

Pues bien; los servicios que en esos establecimientos benéficos se prodigan, sostenidos están por la caridad, la caridad, que es siempre hija de la conciencia humana.

Yo he visto tambien, reinando un temporal deshecho, un pobre campesino que, rodeado por la imponente crecida del Tajo, demandaba la clemencia de Dios y de los hombres asido á un césped, agotando ya sus últimos alientos para no ser víctima de la corriente turbia; y un pobre labriego que á la sazón pasaba, más lleno de fé que de satisfacciones, un hombre rústico, lleno de privaciones y sobrado de miseria, desafiando el terrible elemento, cortó nadando aquella corriente, y le condujo con riesgo de su vida á la ribera opuesta.

Yo he visto en aquel mismo dia, pocas horas despues, á ese mismo hombre, cuando apenas habia tenido tiempo bastante para secar al fuego sus empapadas ropas, cruzar de nuevo las atrevidas aguas para salvar la vida

de una afligida hortelana que demandaba auxilio desde lo más elevado de un árbol, sosteniendo sobre la espalda á su inocente hija.

Y, en fin, el auxilio que las brigadas sanitarias prestan al moribundo guerrero, lleno de valor y de heroismo, al soldado, hijo del pueblo, que lanza su postrer suspiro en el campo de batalla mientras pronuncia balbuciente las sacrosantas palabras «mi madre y mi patria,» inspirado y aconsejado es por la excelente virtud de la caridad, por el poderoso influjo de la conciencia.

¡Qué fuera de la humanidad sin esa virtud!

Pero no es solo la caridad la que acerca al hombre á su creador: el hombre de conciencia no debe ser solo caritativo, sino justo, porque la justicia es uno de los atributos esenciales de Dios, á cuya imagen y semejanza fué hecho. La justicia es por sí sola santa, como la caridad, y el que obra con justicia, ejecuta una de las virtudes cardinales más excelentes: ganará el amor de Dios y el aprecio de sus semejantes.

Hasta aquí, las virtudes que atañen al prójimo, aceptas á los ojos de Dios; pero no olvideis que existen otras que atañen únicamente al individuo (fé y esperanza, prudencia, templanza y fortaleza), necesarias para satisfacer la voluntad divina. Por las primeras, lo mismo que por las segundas, y observando la ley promulgada en el Sinai, cumple el hombre en la tierra los fines para que fué creado, pues en sólo diez preceptos se encuentran compendiados la legislacion universal y los deberes del hombre en sus relaciones con el Creador.

—

Dice *La Defensa*, que se han hecho proposiciones á nuestro querido amigo y colaborador el Regente de los Jardines de la Infancia, D. Eugenio Bartolomé de Mingo, para que instale y dirija en Nueva-York un establecimiento de esta clase mediante el sueldo de 20.000 duros anuales, que con todas las seguridades propias del caso, se le garantizarian por espacio de seis años. Tan tentadoras ofertas han sido rehusadas por nuestro amigo.

—

POBLACION DEL MUNDO.—Se ha publicado en una obra alemana de Behrn y Wagner un curioso estado de la poblacion y superficie de las principales regiones del globo terrestre, rectificándose prolijamente los errores que se han notado en estos datos de publicaciones anteriores, de modo que puede calificarse relativamente de exacto el siguiente estado:

	Millas cuadradas	Habitantes
Europa (excepto Islandia y Nueva-Celandia).....	3.749.263	315.929.000
Asia.....	17.209.805	834.707.000
Africa.....	11.548.855	265.679.000
América.....	14.822.471	95.495.500
Australia y Polinesia.....	3.457.126	4.031.000
Regiones polares..	1.745.373	82.000
TOTAL.....	52.532.893	1.455.923.500

El Océano ocupa 144.364.860 millas cuadradas, ó sea el 73,31 por 100 de la superficie de la tierra.

R. Velasco, impresor, Rubio 20